



### RASGO DE UN PRINCIPE BRETON.

**J**UAN V, duque de Bretaña, á quien una maga predijo cuando era jóven muchos de los lances en que

debía verse envuelto, por cuyo motivo damos al frente de este número una lámina que representa la escena de la predicción, Juan V, decimos, convocó un parlamento de barones y caballeros, y rogó al Señor de Clisson concurriese á él, á cuya invitación acudió el condestable aunque sabía no le miraba con buenos ojos. El duque de Bretaña le recibió en su mesa con la mayor amabilidad, y cuando iban á separarse le instó fuese á ver el hermoso castillo del Armiño, montando á caballo con su hermano político, el señor de Laval, el señor de Beaumanoir y algunos otros caballeros.

El duque de Bretaña le llevó de la mano de un aposento á otro, enseñándole todo lo que era digno de verse; bebieron juntos en la bodega, y después, cuando se hallaban cerca de la torre, le dijo el duque: «señor Oliveros, no hay quien entienda como vos las obras de arquitectura, pues las habeis hecho muy buenas, sobre todo en vuestro castillo de Clisson: subid pues á mi torre, y decidme qué tal os parece, pues estoy decidido á mudar lo que critiqueis. Subid, que yo voy á permanecer aquí un rato con el señor de Laval.»

El condestable subió la escalera, pero apenas pasó el primer paso, cuando unos hombres que se hallaban apostados detrás cerraron la puerta, arrojáronse sobre él, y le cargaron de grillos, diciendo: «perdonadnos, Monseñor, pues así nos lo han mandado.» Al oír el ruido el señor de Laval y al ver que cerraban la puerta, sospechó alguna cosa, y fijando la vista en el duque de Bretaña, le encontró enteramente pálido.

«Ah! Monseñor, qué quereis hacer? dijo, os ruego que no trateis mal á mi cuñado.»

—Señor de Laval, respondió el duque, montad á caballo y marchaos.

—No, Monseñor, no partiré sin el condestable, replicó el señor de Laval.»

Entonces llegó el señor de Beaumanoir, y reclamó





al condestable; pero furioso el duque sacó su puñal, y arrojándose sobre él le dijo:

«Quieres ser tratado como tu amo?»

—Monseñor, repuso el señor de Beaumanoir, creo que á mi amo se le trata bien.

—De nuevo te pregunto si quieres tú que te traten á tí como á él.

—Si, Monseñor.»

El duque de Bretaña, pálido y temblando de cólera, alzó el puñal diciendo:

Voy á sacarte un ojo para que seas tuerto como él.»

El señor de Beaumanoir puso una rodilla en tierra y dijo:

«Monseñor, sois tan noble y bondadoso, que Dios querrá seais justo con nosotros, nos hallamos en vuestro poder; á ruego vuestro hemos venido á veros, y no os deshonrareis ejecutando el loco pensamiento que os ha asaltado, porque esto causaría mucho ruido.

—Pues bien, dijo el duque, serás tratado ni mejor ni peor que él.»

Y mandó que le encerrasen, poniéndole grillos. Luego que esta noticia se esparció por el castillo y la ciudad, todos se llenaron de sorpresa, y creían que el duque iba á mandar quitar la vida al condestable y al señor de Beaumanoir. Los caballeros decían: «jamás príncipe alguno se ha cubierto de tanta infamia como el duque de Bretaña. Ruega al condestable que vaya á comer con él; este ha venido á verle á su palacio, ha bebido su vino y le ha suplicado visite su castillo, y el duque le pone preso! Jamás ha sucedido cosa por el estilo ni en Bretaña ni en parte alguna. En qué piensa el duque? se va á deshonrar para siempre, y nadie tendrá confianza en los príncipes, puesto que el duque ha atraído de este modo á su castillo á hombres tan valientes y entendidos, engañándolos con mentiras. En quién debe uno tener mas confianza que en su señor? un señor no debe hacer justicia á sus vasallos? Si un caballero cualquiera hubie-



se hecho tal cosa, cuánto no se deshonraría!... Qué dirá el rey de Francia cuando lleguen á sus oídos estas nuevas? Ya no se puede hacer la guerra á la Inglaterra, y el duque de Bretaña muestra en esto que es enteramente inglés: el rey de Francia debe vengar esta acción.... Y qué deberían hacer ahora los caballeros y escuderos de Bretaña? Sitiar el castillo del Armuña, apoderarse del duque muerto ó vivo, y conducir este príncipe desleal á presencia del rey de Francia. «Otros, mas frios, añadían: «el señor de Laval, que permanece á su lado, es un señor sabio y prudente, y sabrá hacer que el duque entre por buen camino.»

En esto se ocupaba el señor de Laval, y no había que perder tiempo, pues ya el duque había mandado por tres veces quitar los grillos al condestable, haciéndole poner la cabeza en el tajo: despues mandó al señor de Balavan, gobernador del castillo, que le metiese en un saco y le arrojase al agua.

«Ah! Monseñor, exclamaba el señor de Laval de rodillas, perdonadle por el amor de Dios! No cometáis semejante crueldad con mi cuñado el condestable, pues no ha merecido la muerte, y no hay motivo para enfiurecerse contra él. Además, si os ha ofendido, os juro que él ó yo repararemos con nuestro cuerpo ó nuestros bienes, segun mejor os parezca, la culpa que haya cometido. Por Dios, Monseñor, acordaos de que fuisteis compañeros de juventud, y que os criasteis en un mismo palacio con el noble príncipe duque de Lancaster. Recordad cuan leal ha sido para con vos antes de la paz de Francia; no solo os ayudó á recobrar vuestra herencia, sino que siempre habeis tenido en él un buen consejero y mejor soldado, habiendo perdido un ojo en servicio vuestro.

—Señor de Laval, respondia el duque de Bretaña, dejadme hacer mi voluntad, pues harto me ha ofendido Clisson: llegó la hora de vengarme, y para nada os necesito: marchaos, dejadme ser cruel, pues quiero que muera.



— Monseñor, proseguía el señor de Laval, perdonadle por el amor de Dios! Contened vuestra cólera, y escuchad la razon, pues si muere á vuestras manos, ningun príncipe se deshonrará tanto como vos; no habrá en Bretaña ni caballero ni escudero, ni castillo ni villa que no os aborrezca de muerte y no aspire á arrebataros vuestra herencia; ni aun el rey de Inglaterra ni su mismo consejo aprobarán vuestra conducta.

«Vais á perderos quitando la vida á un hombre, y así formad otro designio, pues este nada vale. Sería perderse ante Dios y el mundo matar á traicion á un baron tan grande, á un caballero tan noble como el señor de Clisson. Reflexionad que le habeis convidado á comer, que habeis aceptado su invitacion, que le habeis traído á vuestro castillo mostrándoos cariñoso y afable, que habeis bebido juntos como buenos amigos, y quereis condenarle á muerte! Puesto que le odiais tanto, sometedlo á un rescate, pedidle la suma que querais; si hay villas ó castillos que os convengan, exígid-selos, pues yo salgo garante de que os los entregará.»

Nada podia aplacar el furor del duque de Bretaña, porque cuando este príncipe se encolerizaba, no atendia á nada y á nadie conocia. Tambien el señor de Balavan se arrojó á sus pies y le suplicó que no se deshonrase; pero el duque replicó:

«Balavan, que nadie me vuelva á hablar de él: quiero castigar á un pícaro que me ha ultrajado! Haz lo que te he dicho, ó pagas con tu vida.»

De esta suerte se pasó la noche; el señor de Laval no queriendo dejar al duque, y renovando sus súplicas sin cansarse; y él sin hacer caso, hasta que al fin á eso de la madrugada le asaltaron mejores pensamientos, y pensó en lo que iba á hacer, en la infamia que iba á recaer sobre él, en la deslealtad de su conducta. Hallábase entregado á estas reflexiones cuando entró en su cámara el señor de Balavan, y le dijo:

«Monseñor, aunque me ha costado mucho, he obedecido vuestro mandato.»

Al oír estas palabras el duque empezó á desesperarse; queria morir, y lloraba como un niño.

«Ah! mal servidor, dijo á Balavan, ¿por qué has dado oídos á mi insensata cólera, quitando la vida á un caballero tan noble?»

—Monseñor, respondia Balavan, recordad como me lo mandasteis, y las amenazas que me hicisteis.»

El duque se encerró solo, y se obstinó en no comer: á la caída de la tarde volvió el señor de Balavan, y apenas le vió le dijo el duque:

—¿Qué vienes á hacer aquí? ¿para qué te presentas á mi vista? Quisiera morir: ¿qué remedio podremos hallar para evitar las consecuencias de lo que has hecho?

—Monseñor, le contestó Balavan, calmaos, pues el condestable no ha muerto. Viendo que la cólera os turbaba, dejé que mandaseis lo que tuvisteis á bien; pero pensando en lo que podria sobrevenir, temí no os pesase algun dia muy mucho si hacia lo que ordenasteis.»

El duque de Bretaña se alegró en extremo, abrazó varias veces al señor de Balavan, y le dijo:

«Balavan, mi querido amigo, eres un buen servidor, pues me has hecho el mejor servicio que un hombre puede hacer á otro. Toda mi vida te estaré agradecido, y ahora en recompensa te doy diez mil florines de mis fondos particulares.»



## TRIBULACIONES Y DESGRACIAS DE UN IGNORANTE.

### CONTINÚA LA CUARTA Y ÚLTIMA PARTE.

#### XV.

#### Nueva culta.—Carta de un amigo.

Será posible experimentar un sentimiento comparable al mío, cuando despues de llamar un cuarto de hora sin que nadie me respondiese, llegaron á mis oídos estas terribles palabras: «no hay nadie!..»

Volví la cabeza para ver al que me daba el cruel aviso, y era un vecino de enfrente, que se hallaba ocupado en meter en sacos montones de cacao. Acérqueme á él, y le pregunté temblando; pero siempre con la esperanza de haber interpretado mal sus palabras:

—No hay nadie en esa casa?

—Nadie; está enteramente desierta, pues se han marchado habrá unos ocho días.

—Es posible!

—Cómo que si lo es!... pero de quién se trata?

—De mi tío y de mi padre.

—Dos europeos?

—Dos españoles como yo.

—Se llaman!

—Troton.

—Los mismos.

—Y dice V....

—Que vuelven á su patria, y que eran muy buenos vecinos... Por cierto que llevan una fortuna muy buena..... «Adios, amigo, que hoy tengo mucho que hacer.

Verdugo! con qué sangre fría, con qué flemma me dió la espantosa noticia de que volvian á su patria.... Pero qué sabia él si para mí era interesante ó no lo que le parecia muy natural?

«O padre mio, exclamé, ó tio de mis entrañas, han dejado VV. esta tierra maldita casi en el mismo momento en que, lleno el corazon de alegría y esperanza, daba el primer paso para venir, despues de tantos contratiempos y desgracias, á arrojarme en sus brazos, y abrigarme aquí contra las borrascas de la vida!»

Este solo golpe del destino era bastante para dar conmigo en tierra; pero no hizo otra cosa que aturdirme por un momento, poniéndome en revancha triste y cabizbajo.

En este estado de cosas me preguntaba á cada momento qué partido debia tomar para poner remedio á los inconvenientes de mi embarazosa situacion; y como el pájaro que está posado en la rama de un árbol, no sabia hácia dande dirigir el vuelo, cosa tanto mas difícil de decidir, cuanto que no se trataba de querer, sino de poder. Cuánto no sentia haber dejado la casa de D. Toribio!

Una carta de Tomás fué á sorprenderme en medio de mis dudas, sirviendo de gran peso en la balanza de mis objeciones para decidirme á partir.

He aquí la carta:

Mi querido Bonifacio:

Me figuro te hallarás en la actualidad en Maracaibo, á donde habrás llegado sin contratiempo; y creo que serás dichoso al lado de tu padre y tio, quienes no dudo corresponderán á tu cariño. Me causa mucha alegría pensar que nada te falta á estas horas para ser feliz, puesto que tienes familia, pasas muy buena vida, y no careces de medios de subsistencia.

«Esta carta se dirige á poner en tu conocimiento un suceso que te alegrará no poco: hablo de un viaje que voy á hacer con el amo, á quien llama á España un negocio de gran interés. Yo he suplicado á D. Toribio



me permita acompañarlo, y como me quiere mucho, según sabes, ha accedido á mis deseos. Comprendes cuanta no será mi dicha? Voy á volver á ver mi patria, mi país, y tal vez á mis padres!

«Adios, mi buen Bonifacio; mañana partimos, y no sé cuando volveremos. Haz presente mis respetos á tus señores padres y tio, y no dudes que si llego á ir á Alcalá de Guadaira, te daré noticias circunstanciadas de nuestro pueblo y los conocidos antiguos.

«Tu fiel amigo  
Tomás.»

# XI.

**Payaso.—Dejo las Américas**

El titiritero M. Lamplumier fué quien me leyó la carta de Tomás, pues se habia hecho amigo mio, sobre todo desde que conoció algunas páginas de mi vida agitada; por manera que le confiaba todos mis secretos.

Bonita era mi suerte! Tomás deja la América! parientes, amigos, todos me faltan á un tiempo; quedábame una esperanza, y se desvanece como las demás!

«Qué haría V. en mi lugar, M. Lamplumier?... Ya V. vé el deseo, la necesidad que tengo de volverme á España, también conoce mi escasez, así como el apuro en que me encuentro. Aconséjeme V. lo que debo hacer.

—Yo solo veo una cosa en todo esto. Tú quieres ir á España?

—Sí, sí, á cualquier precio.

—Y no tienes dinero?

—Ni un cuarto!

—Y crédito?

—A nadie conozco.

—No sabes ningun arte? egerces alguna profesion?

—Qué he de saber, pobre de mí! ni aun sé leer.

—En ese caso vente conmigo; yo estoy en vísperas de liar el petate, y pienso dirigir mi rumbo á España, con el objeto de sacarles los cuartos á los brutos de tus compatriotas.

—Yo no quisiera servir de carga á nadie.

—Hay mas que trabajar conmigo? En todos tiempos hemos tenido á nuestro servicio un mancebo, y aun lo tendríamos si el último no se hubiese caído al mar. Tú ocuparás su puesto, obligándote á servirme durante cinco años, y te pago el pasaje.

—Cómo! V. consentirá?... Pero si nada sé hacer!...

—Yo te daré lecciones; con que no hay mas que hablar.

—Corriente.»

En aquel momento me habría rebajado aun mas, con tal de hallar medios de salir del lodazal en que estaba metido.

Puestas y aceptadas las condiciones, dejé mi humilde traje por la grotesca librea de un aprendiz de *payaso*! Oh! qué oficio tan rudo y miserable! Payaso! quién podría expresar las penalidades, las humillaciones y dolores que encierra esta palabra? Es preciso haber llevado el casaquin y el pantalón de cuadros encarnado, la peluca amarilla y el gorro pardo; haber recibido al día por docenas los puntapiés y los soplamocos; haber faltado poco cien veces para sofocarse comiendo estopa encendida; haberse entretenido en ensartar las necedades y gatochadas que el amo manda regalar á los tontos; es preciso en fin ser payaso, para conocer lo que es, pues lo que acabo de decir son rosas, si se compara con las espinas que tiene la vida privada de los titiriteros, y sus criados.

Como me las habia con un maestro muy hábil, al cabo de ocho dias ya tenia en la cabeza un repertorio de pantomimas, retruécanos y despropósitos; hacia de juglar, y sostenia con la nariz bastante bien la espada y el plato en equilibrio; en una palabra, M. Lamplumier decia que estaba contento conmigo, y esperaba que se



presentase la primera ocasion de lucir mis habilidades en público.

Cuando llegó el momento de la partida, momento que con tanto ardor deseaba llegase, como VV. pueden figurarse, levantamos nuestra tienda de la plaza mayor de Maracaibo para embarcarla con nosotros y todas las fieras que nos acompañaban, en un barco costero que nos llevó á Nueva York, la ciudad mas comercial y poblada de la América.

Apenas pusimos el pié en el suelo anglo-americano, pues el paquebote de vapor el *Albany* que se dirigia á Alicante nos recibió á su bordo el mismo dia, y levó anclas aquella noche.

## XVII.

**Alicante. — Mi primera campaña. — Lo que me valió la punta de la nariz.**

Favorecidos por un buen viento y un tiempo admirable, empleamos unos diez dias en nuestra travesia desde Nueva York á Alicante. Apenas desembarcamos, pidió permiso M. Lamplumier al alcalde para empezar á divertir á los brutos de mis compatriotas, como decia, y luego que lo consiguió nos ocupamos en construir la barraca en un buen sitio:

Hace tiempo que he debido decir á VV. la clase de espectáculo de que era director M. Lamplumier.

Anunciaba su modesto establecimiento con el pomposo título de *gran salon cosmopolita*, y además de los cuatro ó cinco gigantescos cuadros con que cubría la fachada de su salon, cuadros que representaban las principales alimañas, y algunas de las cosas que ejecutábamos, acostumbraba á embadurnar todas las esquinas y postes de la ciudad con ejemplares de un cartel eterno estereotipado hacia unos quince años, y concebido en

términos estrambóticos, según verán VV. en el siguiente fragmento.

## GRAN SALON COSMOPOLITA,

### MUSEO UNIVERSAL, CON

Pollos que bailan.	El hércules madrileño.
Una sirena que canta.	El juglar del Perú.
El borrico instruido.	La mujer barbuda y poliglota.
El buitre de los Pirineos.	Los ratones mellizos.
El mono almibarado.	El Pano-dio-navalorama.
El soldado labrador.	El conejo encarnado, etc., etc.

Estos carteles solian tener dos y tres pies de altura, de suerte que no dejaban de picar la curiosidad pública. Y sin embargo, si aquella buena gente hubiese sabido cuan fácil es convertir á un conejo blanco en *conejo encarnado*, hacer *bailar á los pollos* sobre una plancha de hierro colado, por debajo de la cual se coloca una estufilla!... En cuanto al *hércules madrileño*, la *mujer barbuda* y el *juglar del Perú*, ya adivinarán VV. quienes eran. M. Lamplumier, madama su esposa y yo!...

Yo estaba muy ducho en todas aquellas cosas, y habia logrado hacer mi papel como un hombre consumado en el arte, lo cual me proporcionó la dicha, según verán VV. en el próximo número ó el inmediato.

(Se concluirá.)





## ANÉCDOTA CÓMICA.

Cubierta de rocas y áridas montañas, privada del jugo alimenticio de la tierra, y condenada á arrojar de su avaro seno á sus infortunados hijos, quienes se ven obligados á buscar en la emigracion los medios de subsistencia, es Saboya uno de los países mas tristes y pobres de Europa. Chambery su capital no es ciertamente la mas á propósito para dar una gran idea de la importancia industrial, comercial y artística de ese reino, el cual es uno de los principados mas pequeños, mas miserables y oscuros que figuran en el mapa. Con una poblacion que apenas llega de siete á ocho mil habitantes, desprovista de todo lo que da, aun á las ciudades secundarias, interesante y animada fisonomía, sin vida, sin actividad, sin lujo, sin monumentos, sin edificios, sin recuerdos históricos de un valor efectivo, Chambery es sin contradiccion muy inferior á nuestras poblaciones de segundo y hasta de tercer orden. Con todo, Chambery es una capital donde tienen su asiento el gobierno, lo mas escogido de la nacion, y todas las autoridades civiles, eclesiásticas y militares.

Llevado de mi humor aventurero, dejé á Madrid en 1833, y despues de permanecer algun tiempo en Francia, se me antojó atravesar las fronteras de los estados de S. M. Carlos Alberto, recorrer la Saboya y llegar hasta Chambery. Al saltar de la falua que me habia conducido, pregunté al primer transeunte que encontré al paso las señas de la mejor fonda: mi hombre me indicó la de *Los tres Pichones*, y como no habia mas que volver hácia la derecha, en menos de cinco minutos me encontré en ella. Los fondistas me parecieron unos saboyanos muy políticos y amables; gracias á mi buen apetito me pa-

reció deliciosa la comida, y como estuviese muy cansado, pedí que me condujeran á mi aposento.

Hacia dos horas que me hallaba sumido en un profundo sueño, cuando fueron á despertarme unos gritos que al parecer sonaban debajo de mi ventana.

Corrí inmediatamente á abrir los cristales, y se presentó á mi vista un espectáculo singular. La plaza mayor de Chambery estaba llena de una multitud compacta, asustada, temblorosa, con los cabellos herizados, alzadas las manos al cielo, y que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

«El cólera! el cólera!» Absolutamente como en presencia de un edificio ardiendo, al aspecto de las llamas que se elevan, crecen y mugen, grita uno con todas las señales del terror y la angustia: «fuego! fuego!»

El cólera!... esta palabra me conmovió en gran manera, pues justamente en la época de que hablamos, este devastador azote hacia estragos en algunos puntos de Europa, y las últimas noticias que habia recibido eran que en muchos pueblos de España se sentían sus mortíferos ataques. Figuraos cual no sería mi espanto!... me vestí de prisa, bajó precipitadamente, y pregunté al fondista, el cual no supo darme detalles positivos. Toda la noche la pasé en la mayor ansiedad, en la incertidumbre mas cruel hasta que el día siguiente traté de informarme, y me tranquilizé. He aquí lo que habia:

El mismo día de mi llegada ocupó un comerciante inglés una habitacion en la fonda pidió una cena muy abundante, y excitado sin duda su apetito con una abstinencia bastante larga y el aire de las montañas, se aumentó mas y mas al ver los manjares. El bueno del inglés se engulló en un abrir y cerrar de ojos cuanto habia en la mesa; pero apenas hubo terminado la enorme cena, le acometieron unos cólicos violentos, síntomas de una indigestion.

Uno de los vecinos de nuestro bodegón, pues mas parecian esto *Los tres Pichones* que fonda, notó los



gestos espantosos, las contorsiones y movimientos convulsivos que arrancaban al isleño sus atroces dolores; creyó que eran los síntomas precursores de la terrible epidemia de que hablaban los periódicos con tantos detalles, y pensó que por su propio interés, ya que no por el de sus conciudadanos, debía dar parte á la autoridad.

Un cuarto de hora despues se hallaban al lado del comerciante cuatro Esculapios saboyanos, elegidos entre los mejores médicos de Chambéry, le tomaban el pulso, y le examinaban atentamente; luego al ver que se llevaba la mano al biente con todas las muestras de un dolor espantoso, se dirigieron una mirada que queria decir «es el cólera asiático, no nos habian engañado.»

Al notar el aire misterioso de nuestros cuatro Esculapios y las minuciosas investigaciones de que era objeto, creyó el inglés que se burlaban, y les dijo:

«Señores, la indisposicion que siento es la cosa mas simple y ordinaria del mundo; es una indigestion que desaparecerá enteramente luego que tome uno ó dos vasos de tisana. Así, para nada necesito á VV., y no vale la pena que por tan poca cosa vayan VV. á abandonar sus ocupaciones.»

Al decir esto, dirigióse el comerciante hácia su aposento; pero uno de los médicos le cogió por el brazo, y le obligó á permanecer en su asiento.

—«Es decir, exclamó el comerciante asustado, que no tendré libertad para ir á donde me llaman mis asuntos? Qué significa esta broma?»

—No es una broma, replicó el doctor, sino que está V. atacado del cólera asiático, y como á nuestro cargo está el cuidar del estado sanitario de la ciudad, faltaríamos á nuestro deber si dejásemos á V. libre antes de prodigar á V. los auxilios de la medicina; en una palabra, antes de curarle completamente.»

Por mas que el comerciante repitió á los cuatro doctores que su estado nada tenia de alarmante, no dieron

oidos á sus observaciones, hiciéronse sordos á sus ruegos, y para que no se opusiera á lo que intentaban, uno de los Esculapios fué en busca de seis gendarmes, los cuales le condujeron á un lazareto situado á una milla de Chambéry.

Convencidos más que nunca de que el isleño se hallaba atacado realmente del cólera asiático, creyeron los cuatro Esculapios que debían recurrir á remedios pronto y enérgicos; prescribieron pues un baño caliente, encargaron al guarda del lazareto que no dejase de administrárselo al enfermo, y se retiraron, ofreciendo volver dentro de pocas horas.

Aplicar un baño caliente á un hombre que tiene indigestiones, es querer matarle, de suerte que la situación del comerciante inglés era horrible.... Conociendo que el remedio sería peor que la enfermedad, pensó en qué medios emplearía para librarse del riesgo que le amenazaba, llamó en ayuda suya todos los recursos de su mente; pero por mas que reflexionó, no halló ningún expediente que pudiera sacarle de su embarazosa situación. El guarda, sobre quien pesaba grave responsabilidad, y á quien habían encargado extrema vigilancia, ni un minuto le perdía de vista; escapar, desaparecer, mover las piernas, era un medio que probablemente no tendría éxito alguno, y en el cual no debía pensar. Si lo intentaba, su implacable carcelero, que parecia muy listo y ágil, saldría en su persecucion, le auxiliarían todos los vecinos y todos los criados del lazareto, darían la voz de alerta en todos los contornos, y por mucho que corriese, le atraparían muy pronto. Qué debía hacer pues?

(Se concluirá.)

